

que les escribe en 1896 para justificar su conducta y que ha sido el hilo conductor del relato de Bellido.

Algunos errores, como considerar a Bonel y Orbe arzobispo de Granada (36) —no pasó de presentado, pues Roma nunca lo aceptó— o llamar al, éste sí arzobispo granadino Moreno Mazón, Moreno Monzón (120), en una extraña unión de los apellidos de dos preladados granatenses, Bienvenido Monzón Martín (1866-1885) y José Moreno Mazón (1885-1905) no desmerecen más este libro bastante desmerecido.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

### **Miguel Ayuso: CHESTERTON, CABALLERO ANDANTE (\*)**

A la lista de riquezas enterradas en el alma de nuestro homenajeado Gilbert Keith Chesterton, podemos agregarle ahora la perla que destaca Miguel Ayuso en este lúcido ensayo: el Caballero Andante.

Oportuno este convite, si viene de un español, de medir la figura de Chesterton con una de las cifras de lo hispánico: la Caballería.

Habrà de mostrar aquí Miguel Ayuso que estamos frente a otra nota universal del escritor inglés.

Las menciones y los anhelos caballerescos de este aventurero inmortal que fue Chesterton aparecen sembradas y muchas veces transfiguradas en su vastísima obra. En una visión sintética, el Autor que con estas líneas breves presentamos, recoge los frutos de la siembra chestertoniana y los pone por junto.

Más que para arrear citas eruditas, que demuestran una lectura extensa, Ayuso ha leído con intensidad y para nosotros, con el aval de sus propios saberes literarios, políticos, históricos, de

---

(\*) Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2001, 72 págs.

los que ya conocemos muestras en varias publicaciones españolas y argentinas.

Y el resultado es la tesis que nos recuerda y nos pide un nuevo y diverso Renacimiento, que debería llegar y que esperamos, como la noche espera la aurora.

Bien puede encabezar la lid contra las sombras de hoy este rotundo Caballero —quizás el más español de los ingleses— que abrazó la fe de la Iglesia y la defendió como a una Dama, también por amor a la Dama de la Iglesia, Nuestra Señora.

Es oportuna la aparición de estas páginas atinadas. Los hombres que transitamos estos tiempos, buscamos una posada, riente de amigos. Buscamos el calor de una mano viril y fiel, inequívoca. Buscamos la bonhomía, un talante grave y festivo fundado en la Caridad. Buscamos camaradas llenos de Esperanza, seguros en su ruta, de Fe sólida.

Pero más que otras cualesquiera, la lucidez, la mirada clara, el corazón limpio, el coraje manso, son las virtudes inmediatas que, como medicina para los ojos y el alma, mejor atienden la enfermedad y la locura de estos nuestros días milenarios.

Ha hecho bien Miguel Ayuso, con sus raíces hincadas en tierras quijotescas, mostrándonos de nuevo a Chesterton, ahora con su redescubierta figura, ceñidos peto y espaldar, con yelmo y con adarga, figuradas sí, pero más contundentes que las materiales.

Nos dará valor la lectura de estas páginas. Nos darán coraje. Pero serán un valor y un coraje de medida humana; pues, en último término, sobrevuela la gran misericordia de Chesterton que nunca se apartó del hombre histórico real. Y así como lo entendió, lo instó a elevarse a su altura verdadera; así como lo comiseró, lo inflamó de amor a la verdad de las cosas; así como echó el unguento en las heridas, así se quedó a la cabecera de nuestro lecho hasta que ellas curasen, haciendo más soportables nuestros dolores.

Por virtud de caballero, Chesterton en más de un aspecto es nuestro Buen Samaritano. Chesterton, que como se dijera de Garcilaso es diverso entre contrarios, está por encima —no fuera— de este mundo en este tiempo. Y una de las notas de su

caballería andante es el Bien mismo y propio de cada cosa y de cada hombre, pues corresponde y no por especulación o mezquina conveniencia.

El caballero no ha de ser hombre de partidos y de facciones, que tantas veces adjetivan la Verdad hasta desfigurarla, hasta el desprecio, hasta el manoseo y el escarnio, tomándola de rehén.

En estas páginas que Ayuso enhebra y que es de justicia agradecerle, queda felizmente claro que todavía podemos tener en Chesterton un peregrino desinteresado y jovial, amigo de la verdad y de los hombres, caminando con nosotros, instándonos al combate sufrido, denodado y riente, puesto él mismo a la cabeza.

Si Don Quijote dejó al fin sus empecinadas caballerías —y esto corre por nuestra cuenta— quizás ya entrevió que su tiempo había acabado y que un nuevo tiempo venía a tratar de barrer el heroísmo generoso. Tal vez no sea fantasioso pensar que Quijote sabía que no habría él mismo de poder con ese tiempo.

Siglos más tarde, menos enjuto que él pero cristianísimo como él, bien podría nuestro inglés ser un Sancho redivivo, el apóstol rotundo del hombre común, como heredero de su señor Don Quijote, ahora su hermano y vuelto él mismo un Caballero Andante.

EDUARDO B. M. ALLEGRI

**Ignacio Echániz, S. J.: PASIÓN Y GLORIA.  
LA HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN SUS  
PROTAGONISTAS. OTOÑO INVIERNO.  
SEGUNDA PRIMAVERA (\*)**

El jesuita Echániz completa, en este segundo volumen, la serie de semblanzas de sus hermanos de Orden que eligió como más apropiados para darnos una imagen de la Compañía de Jesús, verdadera gloria de la Iglesia católica durante muchos años. Toda selección es discutible y podrían incluirse muchos

---

(\*) Mensajero, Bilbao, 2000, 450 págs.